

CAPITULO LXXXIII.

LA PAZ.

La Asamblea francesa llama sobre todo y antes que todo la atencion universal en estos criticos momentos.

No es aquel Congreso de la revolucion, terrible pero ilustre, que arrastrado por un fanatismo casi delirante á las mayores tragedias, salpicó de sangre, más tambien de ideas, el árbol de la libertad. La nueva Asamblea ha nacido de la derrota y de la resignacion de Francia á esa nueva derrota. Ninguna, ninguna esperanza se mueve sobre esta desdichada convencion, ningun aliento corre por su pecho. Es la imágen terrible de la derrota de un gran pueblo. Es la sombra de un cadáver.

Nada de sus propios esfuerzos espera. Ni aun se halla decidida á esos actos de sublime desesperacion que vigorizan, que salvan á los pueblos, ó que si no los salvan, los honran. Todo su trabajo se halla reconcentrado en esperar las condiciones del vencedor. Todo su porvenir se halla reducido á regatear pedazos de tierra nacional á la voracidad de los hulanos. Versalles es, no el corazon de Fran-

cia, es su númen. La piedad de Bismark y no el propio valor, es su refugio. Fatal asamblea de decadencia, el miedo la engendró y la enterrará el desprecio.

En vano Alsacia, por la voz de sus representantes ha declarado que quiere ser parte integrante de Francia.

Los viriles acentos lanzados desde su profundo abismo por la provincia depredada, no han herido el corazon de la Asamblea. Al negarse á dar un voto declarando que Alsacia y Lorena jamás dejarán de pertenecer á la patria comun, la Asamblea ha reconocido que puede negarse sobre la base de la cesion de territorio. Y no deberia jamás reconocerse semejante base de negociacion, jamás.

Si los prusianos poseen esa tierra, que la posean por fuerza, por conquista, por violencia; pero no por el reconocimiento de Francia. Seria en tal caso esta gran nacion cómplice de su propia deshonra.

¡Ay! Hace mucho tiempo que el positivismo tiene disecados los corazones de los hijos de nuestra sociedad. Nos parecemos á los

romanos del Bajo Imperio. Vestidos de púrpura, coronados de flores y azafran, sin fuego en el cerebro para forjar el pensamiento, sin fuerzas en el cuerpo para sostener el peso de las armas. El deseo, ese éther que parece difundido por toda la creacion, que late en la yema del árbol como en el vuelo del ave, y que es la aspiracion universal á lo infinito, ha muerto en nuestros corazones, resignados á todo, con tal de vivir y de gozar aquellas sensaciones que nos precipitan á las últimas escalas de la creacion.

Crear, combatir, vigorizarse en los grandes ejercicios del cuerpo y del alma, unirse al dolor antes que á la deshonra, correr al sacrificio, morir por la patria son para nosotros frases y sólo frases en vez de ser pasiones y grandes pasiones. Así en cuanto Francia ha sido consultada, aunque su historia se eclipsa, aunque su nombre se mengua, aunque se pierde su influjo político en el mundo, aunque se disminuye su territorio, Francia, incapaz por la debilidad moral que le ha producido su hartazgo de todos los placeres, incapaz del sacrificio, ha pronunciado la palabra paz y ha despedido al hombre sublime que prefería á la deshonra la muerte.

Hay, sin embargo, algunos centros de poblacion que no han podido resignarse tan fácilmente á la derrota. Burdeos hiere en cólera é indignacion á la idea de desmembrar la patria. Está de tal manera decidida al desmembramiento la Asamblea, que considera como ofensas sufridas á su nombre las invocaciones á la integridad de la nacion, y la salud de la República. Para evitar estas manifestaciones, cuatro mil hombres de línea acampan á los alrededores de la Convencion, como si en vez de ser representante de Francia, fuera una feudal fortaleza.

Cierto diputado, á quien le costó sumo esfuerzo atravesar las líneas de tropa y llegar á su asiento, exclama antes de abrirse la sesion: Señores, por todas partes veo armas. Prometo venir mañana también armado. Lo

singular del caso es que la guardia nacional queda excluida de velar por la Asamblea, y relegada á servicios secundarios. La causa de esta determinacion apenas se comprende. La guardia nacional ha gritado ¡Viva la República! No sabíamos que eso fuera un crimen. La República es el gobierno nacional, es la forma definitiva de la democracia, es la viviente encarnacion del sufragio popular, es la escuela donde aprenderá Francia la disciplina indispensable á su regeneracion, es la base de las futuras federaciones que han de sustituir á los maquiavelismos de la diplomacia y á los horrores de la guerra, es el gobierno económico y estable; pero si no fuese todo esto, si no significase todo esto, sería, significaría la legalidad existente hoy en Francia.

¿Por qué ha de ser considerado como un crimen gritar: ¡Viva la República! Mr. Thiers, al aceptar un gobierno, ha aceptado el gobierno de la República francesa. La Asamblea ha sido en nombre de la República convocada. Los escritores más reaccionarios reconocen el principio que yo he proclamado dos años seguidos desde las alturas de la tribuna parlamentaria española, á saber que la monarquía era una religion, y que esa religion ha muerto en la conciencia de Europa, como en el suelo de América. Cuando una forma social muere, no por eso mueren las sociedades humanas. Nuevas formas nacen de la destruccion de las antiguas formas, como en la naturaleza nuevas especies vienen á sustituir á las especies desaparecidas y archivadas en las entrañas del planeta.

Mr. Veuillot, publicista católico de Francia, escritor más dado á la sátira que al misticismo, y más propio para la invectiva que para la plegaria, pero orador y publicista eminentísimo, sostiene á su vez que fuera de la República, fuera de esta forma de gobierno, ya no puede haber para Francia nada más que estúpidas dictaduras, y dictadores imbeciles. Es verdad que él quería una República teocrática; pero es ya una grande conquista,

un progreso inmenso, ver los antiguos defensores de los poderes inamovibles, hereditarios, perennes, defendiendo que los reyes y los papas inclinen su frente al sufragio universal y cedan su soberanía histórica á la soberanía de la sociedad.

Y cuando tal es el movimiento de los ánimos y el influjo de la opinion y el triunfo del tiempo, una asamblea convocada por la República, desconoce, niega esa luz de tan viva intensidad que deslumbra hasta los ojos de sus mayores enemigos.

Mr. Thiers en su primer discurso, de una grande habilidad ciertamente, ha descartado la cuestion de forma de gobierno. Para él es la imperiosa necesidad de la situacion estancar la sangre que chorrean las venas de Francia, devolver la libertad á sus millones de prisioneros, reedificar los ferro-carriles cortados y los puentes derruidos, encender el calor de la vida allí donde reina el frio de la muerte, reanimar el trabajo que ha de volver la vida á Francia, á esta nacion desdichada, decaída; pero cuyo pensamiento jamás puede faltar á las obras mayores y más ilustres del género humano.

No contendamos sobre esto. Lo primero es salvar á Francia. Ponerse á discutir un código fundamental, cuando la Asamblea no tiene para ello mandato, sería una usurpacion; perderse en los laberintos de sábias y profundas discusiones antes de cerrar las heridas abiertas al corazón de un gran pueblo sería horrible crueldad. Pero no lo duden los franceses, la incertidumbre es uno de los males peores que caer pueden sobre las sociedades humanas. Y la incertidumbre se apoderará de Francia como no quede establecido definitivamente si ha de ser su gobierno una República ó una monarquía. Entre estos dos polos, la política oscilará con un movimiento irregular y perturbador.

Thiers puede elegir. Si aspira á ocupar un gran puesto en la historia, á tener un nombre luminoso en la conciencia humana, en ese

cielo de la verdadera inmortalidad, consolide la República. Si quiere aparecer como un cortesano vulgar, como un conspirador á lo Luis Napoleon, amañe una restauracion orleanista, la cual sea el maldecido golpe de Estado que diera el César; pero más hipócrita y más cobarde.

Lo que nunca debe hacer, es imitar el funesto ejemplo dado por Prim á Europa. No debe jamás convocar unas Cortes que discutan largamente sobre el tema de la monarquía y de la República; que analicen el candidato al trono y que luego entreguen la nacion á una monarquía nacida de la duda y á un monarca disecado por la crítica. Es un funestísimo ejemplo. La solucion republicana es la única solucion posible en Francia. No importa que haya una gran mayoría de monárquicos, si estos monárquicos se dividen así que llegan á la cuestion dinástica. Entre bonapartistas, borbónicos y orleanistas, jamás habrá una transaccion completa y tranquila. Cada uno de ellos preferirá á la dinastía rival de su dinastía, la República. El eminente publicista Veuillot, ya lo hemos dicho, cuyas ideas extravagantes, por lo reaccionarias y ultramontanas, unidas á un estilo maravillosísimo, conocen todos cuantos han saludado nuestros anales políticos, acaba de publicar un artículo pidiendo la conservacion de la República. Es verdad que la quiere teocrática, presidida por el descendiente de los antiguos Capetos, entregada al pontífice Romano; pero proclama en voz altísima y sonora que fuera de las instituciones republicanas, sólo hay para Francia sangrientas dictaduras. El marqués de Noailles, legitimista, aristócrata, dice que la monarquía era una religion, y esa religion ha muerto; que los reyes eran jefes de naciones y se han transformado en jefes de partido; que la República del 93 ha infundido su espíritu inmortal no sólo en las instituciones, sino en las costumbres francesas; que el régimen republicano obligará á la gran nacion á ser sobe-

rana de su existencia y señora de sus destinos históricos, y á aceptar la responsabilidad de sus faltas, dejándose de creer en Césares divinos, en providenciales mesías políticos; y que fundada ya la República francesa, podrá formarse al Occidente de Europa, esa grande confederacion neo-latina destinada á renovar los milagros y las maravillas de las antiguas confederaciones griegas.

Indudable, indudable, suceda lo que quiera. Francia no puede salir de la República. Conspirarán contra ella todos los pretendientes, la maldecirán los monárquicos dogmáticos, la adulterarán las clases conservadoras enemigas de las saludables agitaciones que trae consigo la libertad y del advenimiento de las democracias al derecho; pero la República quedará de pié como la forma única en que puede encerrarse el espíritu inmortal de nuestro siglo.

Además leyes de la sociedad como de la naturaleza que en esta guerra por la vida á la cual estamos desde el nacer condenados, los seres superiores en espíritu y en organismo venzan, y subyuguen á los seres inferiores, y concluyan por exterminarlos, como la civilizacion humana extermina á las fieras estendiendo las grandes ciudades y los productos del trabajo sobre sus cavernosas madrigueras. Y esa nueva enfermedad creacion del Imperio aleman, será con sus régulos y sus señores feudales, y sus ciudades libres y sus esclavas muchedumbres evocacion calenturienta de la Edad Media, será pronto vencida, aniquilada, por una República unitaria, civilizadora, digna de aquella Francia que engendró el siglo décimo-octavo; y que al atraer á sí, por la superioridad de sus instituciones todos los pueblos, volverá á ser como el sol de las esferas sociales, y á desvanecer las nubes de sangre hoy amontonadas sobre su luminoso disco.

Pero volvamos á los hechos corrientes. La Asamblea Francesa ha tomado en sus manos el poder. Diez comisiones se han repartido los asuntos de más importancia y de más ur-

gencia. La primera se ha encargado de examinar las fuerzas militares terrestres; la segunda las fuerzas militares marítimas; la tercera la hacienda; la cuarta los caminos de todas clases; la quinta los correos y telégrafos; la sexta los departamentos invadidos; la séptima la administracion interior; la octava el comercio general; la novena contabilidad, y la décima empréstitos.

Inmediatamente se han consagrado todas estas comisiones á examinar el asunto de su competencia con una grande asiduidad. Esta paz interior de la Asamblea contrasta con las tempestades continuas de las primeras sesiones. Bien es verdad que estas tempestades provienen más de las fuerzas desplegadas en el exterior que de las pasiones interiores de la Asamblea. Rochefort emite una observacion oportunísima. Sólo se oyen vivas á la República, y contra esos vivas se despliega por el gobierno republicano fuerzas que debiera conservar contra las conspiraciones monárquicas. El presidente se defiende diciendo que la Asamblea vive en una poblacion ardiente sobreescitada.....y republicana, añade la izquierda. Si no quereis de liberar en ciudades republicanas, gritó Monsieur Floquet, vámonos á una aldea. El joven diputado Brisson, uno de los oradores más elocuentes de la Cámara, defiende á Burdeos de las sospechas que arroja sobre su limpio nombre todo ese aparato militar y dice que una Asamblea de la República debe confiarse á la lealtad de una ciudad republicana y de su guardia nacional. Un diputado de la derecha sostiene que el ejército guardador de la Asamblea, representa á toda Francia. Protesto exclama Mr. Langlois, protesto contra la idea de que el ejército sólo representa la fuerza de la nacion. Una voz de la derecha monárquica grita al diputado republicano: á Charenton á Charenton. Sabido es que allí se eleva el gran manicomio de Francia. El diputado que me manda á Charenton, podia, responde Langlois, haber venido conmigo á la batalla de Mon-

tretout. En efecto, el digno representante de la montaña todavía guarda de esa batalla, esfuerzo último de los parisienses para salvar la capital, gloriosas heridas, alcanzadas en el santo empeño de arrancar la patria á las garras á que la habian arrastrado los errores imperiales.

Pero el asunto capitalísimo que la Asamblea debia tratar, era el asunto de la paz ó de la guerra. Desde luego pidió Thiers plenos poderes para negociar y el auxilio de una comision de quince diputados, que compartiera con él toda la responsabilidad del inmenso problema de la paz. Algunos creyeron torcidamente, que desde la hora misma en que la Asamblea delegaba su autoridad en el gobierno, deponia toda inspeccion sobre el futuro tratado.

Thiers calmó estos recelos, declarando que inaugurado el régimen del gobierno nacional, Francia era soberana, y á la autoridad de Francia, representada por su Asamblea, competia en último caso la decision definitiva y suprema. Despues de estas declaraciones, la Asamblea, no sin algun tumulto y confusion, decidió autorizar al gobierno formado por Thiers, para tratar con el gobierno del Emperador de Alemania, residente en Versalles.

El gobierno de Thiers se halla compuesto de tres elementos capitales. Uno de ellos representa la política, las tradiciones del orleanismo liberal, que significó siempre el gran orador. Estos son los hombres verdaderamente de Thiers, como Dufoure, ministro de

Justicia, y Le-Fló, ministro de la Guerra. Otros representan aquel centro izquierdo del Imperio, que de concesiones en concesiones hubiera llegado á una apostasia tan criminal y tan ruidosa, como la apostasia de Ollivier. Picard es jefe de esta gente, y Picard tiene el ministerio importantísimo, el de la Gobernacion. Y por último, hay un elemento republicano, moderado, templadísimo si se quiere, pero republicano al cabo, que representa Julio Simon en el ministerio de Instruccion pública, y Julio Favre en el ministerio de Negocios Extranjeros. Julio Favre ha dirigido una carta á sus antiguos compañeros, diciéndoles que hubiera deseado verlos juntamente con él formar parte de este nuevo gobierno. Pero el partido republicano que habia sostenido la política de la guerra á todo trance y costa, no tenia en mi sentir autoridad alguna para aceptar la política de la paz á toda prisa. Además, si despues de la paz el gobierno de Thiers quiere afianzar la República, comprendo que algunos republicanos le ayuden. Pero si la República es para el nuevo jefe del Poder Ejecutivo un paréntesis, si la República ha de ir á estrellarse en el trono de los boutiquiers, si la República ha de concluir por ese orleanismo corrompido y corruptor, causa primera del abatimiento moral á que la nacion francesa ha venido, los republicanos que ayuden á Thiers en esta sangrienta y bizantina farsa, merecen hoy á la conciencia humana y merecerán mañana á la historia universal indudablemente el abominable dictado de traidores.